



Teng Hsiao Peng ha sacado de su viejo armario al príncipe Norodom Bihanuk para que haga un "llamamiento al mundo" en favor del régimen camboyano.

UNA BAZA SOVIETICA

La caída de Phnom Penh

CAMBOYA es China, Vietnam es la URSS; es una manera de simplificar lo que está ocurriendo en la península indochina, que no es más que una parte —pequeña— de la realidad. En primer lugar, hay un enfrentamiento de camboyanos con su propio Gobierno, que hasta hace poco era considerado como bestial y rudo por todos los órganos de expresión occidentales y ahora aparece como víctima. Incluso en boca del Presidente Carter, que tanto se ilustra, en otras ocasiones, en la defensa de los derechos humanos y que culpa, no sin razón, a la parte acusada, al Vietnam, de violarlos en su propio país. En segundo lugar hay dos maneras de entender el comunismo que se enfrentan abiertamente en la península. En tercer lugar hay una vieja enemistad —de muchos siglos atrás— entre las dos zonas de Indochina. Sobre todo este contencioso, la URSS apoya al Vietnam, ha conseguido sumarse políticamente al Vietnam —entre otras cosas, por el miedo de Vietnam a ser absorbido por China: los incidentes fronterizos se multiplican—, mientras en Camboya el régimen estaba controlado y dirigido por los chinos. Desde este punto de vista, la victoria de los insurrectos camboyanos, que el domingo tomaron la capital de Camboya y proclamaron la insurrección general, puede considerarse como una baza importante en la política internacional de la URSS y en el "arco de la crisis" que definen los Estados Unidos (ver págs. 28-29).

Pocas horas antes de la caída de Phnom Penh, China hacía un llamamiento "al mundo" para que impidiera la caída del régimen camboyano —el tema estaba siendo estudiado por

el Consejo de Seguridad— y sacaba del viejo armario al príncipe Norodom Sihanuk para que hiciera a su vez un llamamiento a las fuerzas rebeldes de su país para que depusieran las armas. Carter le apoyaba. Pero el príncipe estaba desde 1976 retirado de la vida política; el país se había proclamado republicano. Es una figura desprovista de todo interés, pero capitalizable.

Aparte de este intento político de crear una nueva fuerza camboyana en torno al príncipe, ¿qué acción pueden emprender ahora China y Estados Unidos para recuperar lo perdido? Directamente, ninguna. Camboya va a estar gobernada por camboyanos del Frente Nacional para la Unidad de Kampuchea; a la larga, establecerán relación muy estrecha con el Vietnam oficialmente, y más a la larga se podrá establecer, quizá, la Indochina Unida a la que se aspiraba durante la guerra y a la que tanto contribuyeron sin querer los americanos durante la guerra en la que hostilizaron los países vecinos y les produjeron un "reflejo indochino". Indirectamente, Pekín podrá continuar produciendo incidentes más o menos graves en la zona fronteriza contra el Vietnam, y el Presidente Carter acusando a Camboya y al Vietnam de violación de derechos humanos, lo cual, repitamos, estará quizá justificado, porque no son regímenes de azúcar. China había anunciado ya que podría ejercer una presión militar contra el Vietnam con objeto de disuadirle de continuar su ofensiva en Camboya.

Pero no parece que la política china, con su gran ofensiva interior y su imagen pacifista y negociadora, vaya a comprometerse en una guerra en la

que el Vietnam está apoyado, mediante el reciente tratado de Moscú, por la URSS. Podrá molestar, mantener al Vietnam en una continua alerta. Carter condenará la "guerra de agresión" y, probablemente, el hecho quedará consumado por ahora. El tema

—se decía el lunes— había sido ya asumido en la conferencia de Guadalupe, donde Carter había explicado a sus interlocutores europeos que la situación de Camboya no tenía esperanzas, y que era un avance soviético en la zona de Asia. ■

Irán: salida imposible

EL sábado, el domingo, nuevas manifestaciones en Teherán y en las grandes ciudades iraníes: el Gobierno de Shahpur Bakhtiar no ha sido aceptado por el pueblo, que, una vez más, ha seguido las consignas del ayatollah Jomeini desde París. La imagen sonriente y tranquila —un poco a lo Groucho Marx— del nuevo primer ministro se empaña. Es una última posibilidad de salvar al Sha, y el ayatollah y la oposición civil lo han visto así rápidamente y lo han condenado como traidor. Por otra parte, hubiera sido difícilmente aceptado por la oposición religiosa, desde el momento en que no cesa de proclamarse anticlerical (y, probablemente, es ateo).

Bakhtiar representaba —representa aún, en el momento de escribir estas líneas— la alternativa socialdemócrata,

una primera cesión, ausentándose del país "por razones de salud" —como, efectivamente, anunció a fines de la semana pasada—, pero rechazando al mismo tiempo cualquier forma de poder que estuviera influida por el ayatollah Jomeini y por las fuerzas religiosas. Todo ello, evidentemente, de acuerdo con los Estados Unidos y manteniendo el país estrechamente unido a Occidente, por la vía del petróleo como por la vía estratégica.

Bakhtiar había prometido el castigo para los culpables de la represión, para los favoritos del antiguo régimen ("quienes hayan matado, robado, torturado"), la creación de un Gobierno "al servicio de la libertad y del progreso", capaz de restaurar inmediatamente la producción del petróleo y ponerlo al servicio de la economía nacional.



Shahpur Bakhtiar, izquierda, la socorrida alternativa socialdemócrata para salvar en última instancia algo de lo que echó a perder el Sha.

tan socorrida. Heredada de Occidente, donde ha estudiado, donde se ha formado. La acusación de extranjerizante es grave en un país en pleno fervor nacionalista y religioso; sin embargo, el cartesianismo francés que le inspira podría haber sido un punto de equilibrio en una zona de fanatismos y su escasa creencia en la dinastía Pahlevi y en la Monarquía como fuerza podría haber abierto las puertas, más tarde, a la República que se pretende.

Ultimamente, sus intentos de apaciguamiento y negociación le habían ido aislando poco a poco de sus compañeros de partido y con el Frente Nacional, del que fue expulsado apenas había aceptado el encargo del Sha. Sus intentos de "tercera fuerza" no han sido escuchados. Esta tercera fuerza consistía en que el Sha hiciera

Había tratado de identificar su gestión con la revolución popular.

En esto ha fracasado. Va a ser muy difícil que después de la condena de Jomeini, que le ha declarado ilegal —puesto que nombrado por el Sha— y de las manifestaciones populares del sábado y del domingo, con su nuevo cortejo de tragedias, Shahpur Bakhtiar consiga formar un Gobierno coherente y dominar la situación.

Y, una vez más, el futuro inmediato es imprevisible. El Sha está prácticamente condenado, su permanencia parece limitada al tiempo necesario para buscar una solución de recambio que no contravenga los intereses occidentales. Pero se puede preguntar si podrá encontrarse cualquier tipo de solución mientras el Sha permanezca en el país, y agarrado a los últimos restos del poder y de la representación.